

## Las cicatrices del amor. La psicología del amor freudiano

"Entre estos dos términos que constituyen, en su esencia, el amante y el amado, observen ustedes que no hay ninguna coincidencia. Lo que le falta a uno no les lo que está, escondido, en el otro. Ahí está todo el problema del amor. Que se sepa o no se sepa no tiene ninguna importancia. En el fenómeno, se encuentra a cada paso el desgarrar, la discordancia. Nadie tiene necesidad, sin embargo, de dialogar, dialecticar, dialektiké, sobre el amor - basta con estar en el tema, con amar - para estar atrapado en esta hiancia, en esta discordancia".

Lacan en *La transferencia*, seminario 8, Pág. 51.

Hoy les voy a hablar del amor desde una perspectiva muy freudiana, es decir que me voy a apegar a la consigna lacaniana de su «retorno a Freud» para hablarles del amor y sus cicatrices, o su cicatriz, ya que, como lo voy a mostrar, el amor necesariamente deja una cicatriz en el sujeto, es decir, que el amor, por ser infantil, por presentarse en la infancia, en los primeros años de vida, deja impresiones que marcarán y determinarán la vida sexual y afectiva de todo sujeto en su adultez.

Mucho de lo referido al amor en Freud se encuentra resumido en una serie de textos publicados bajo el título de «Contribuciones a la psicología del amor». El primero de esos textos se llama *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*, de 1910; el segundo se denomina *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*, de 1912, y por último su texto *Sobre el tabú de la virginidad*, escrito en 1917. Fundamentalmente haré alusión a los dos primeros, pero los invito a leer y conocer estos textos freudianos.

Según la Real Academia de la lengua, la palabra cicatriz significa, primero, " Señal que queda en los tejidos orgánicos después de curada una herida o llaga", y segundo, "Impresión que queda en el ánimo por algún sentimiento pasado". Es incuestionable que el sentimiento amoroso nos deja impresiones en el ánimo, positivas y negativas, pero cuando se trata de cicatrices indudablemente estamos hablando de sentimientos negativos, es decir, dolorosos. Cabe preguntarse entonces, por qué corrientemente el amor va acompañado del dolor, del sufrimiento psíquico. También la dicha y la alegría acompañan al amor, pero estos sentimientos no dejan cicatrices como sí lo hacen las impresiones dolorosas.

El amor, primero que todo, es una pasión del alma, o del sujeto, si se quiere. Por eso cabe preguntarse por qué los seres humanos aman. Las nuevas ciencias del cerebro dirían que todo aquello que tiene que ver con el amor, desde el maternal hasta el curioso hecho de que algunos sujetos logren permanecer felices por décadas con la misma pareja, o que otros sean incapaces de jamás forjar una relación duradera, es culpa de una hormona: la oxitocina, la cual ayuda a forjar lazos permanentes entre amantes tras la primera oleada de emoción; otros investigadores le achacan la culpa del amor a una sustancia estimulante y adictiva, la feniletinamina, que cuando se dispara produce euforia y alborozo, y al papel que cumplen algunos transmisores cerebrales como la dopamina, la serotonina y la noradrenalina. Ya se trate de hormonas o sustancias, estas actúan cambiando las conexiones de los miles de millones de circuitos cerebrales. El psicoanálisis no busca la causa del amor en el quimismo del cerebro; él piensa más bien las cosas al revés - así como lo sugiere la misma explicación científica - : es la emoción, el enamoramiento, esa "primera oleada de emoción", la que afecta el quimismo cerebral aumentando las dosis de oxitocina y noradrenalina, etc.

Volvamos entonces a la pregunta: ¿por qué los seres humanos amamos?, la respuesta es: porque somos efecto del lenguaje. Sobre este punto no me voy a detener hoy aquí, ya que es algo que he desarrollado en una conferencia presentada en el ciclo "Amor y Poder", organizado por Extensión Cultural de la U. de A. en su programa Martes del Paraninfo, titulada *El amor y el poder: los poderes del amor sobre el sujeto*, y que fue publicada en la Revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, «Utopía Siglo XXI». Vol. 1, N° 3. Enero/junio de 1998. Allí explico claramente como, para el psicoanálisis, el lenguaje es lo que determina la posibilidad de existencia del sujeto y que por hablar se introduce en él una «falta de ser» fundamental. Es decir que el sujeto para el psicoanálisis el sujeto no solo es efecto del lenguaje, sino que también es un sujeto en falta, un sujeto que por hablar ha perdido su ser. Y es justamente aquí, en el lugar de la falta de ser, donde podemos introducir esa pasión, ese afecto que llamamos amor. El amor se constituye entonces en una de las formas que tiene el sujeto para hacerse al ser, para agarrar el ser. Es decir que para el psicoanálisis el amor es una respuesta a la falta en ser del sujeto. El amor surge como una de las respuestas posibles a la falta en ser del sujeto.

Teniendo como trasfondo esta tesis del psicoanálisis, expondré entonces diez puntos que

Mg. [Hernando Alberto Bernal](#)

Psicólogo USB. Magíster en Ciencias Sociales y  
Humanas de la U. de A.  
Docente-investigador del programa de Psicología-  
FUNLAM



*Breves Escapes*

Pintura. Oleo sobre Lienzo. Firmado. Año: 2004  
Sabine Brettschneider

me parecen relevantes de la psicología del amor en Freud, y que nos permitirán abrir la discusión sobre por qué aquel deja cicatrices en el sujeto:

**1. E l impulso de amor fue personificado desde Grecia por Eros** , dios del amor y fuerza creadora del cosmos. Éste fue pensado como un dios carente, en tanto que busca a un otro que sería su complemento. Eros orientaría el alma del hombre con un anhelo de recuperar lo que alguna vez fue su otra mitad. Así, el amor sería el deseo y la persecución de ese todo que le faltaría al ser humano. En la mitología, Eros es hijo de Penía, la pobreza, y de Poros, la riqueza. Fue concebido durante un festín en el que se celebraba el nacimiento de Afrodita. Este origen daría cuenta de su doble condición de mendigo menesteroso que busca lo bello y lo bueno, o sea lo que no tiene.

El amor también fue pensado desde la antigüedad en su relación con el *deseo* : se desea y ama lo que no se posee. Sócrates decía que cualquiera que sintiera deseo, es porque quiere lo que no tiene, lo que no está presente o lo que no es. El deseo es fundamentalmente una falta y ésta es constituyente del amor. El psicoanálisis también designa con Eros el conjunto de los impulsos que apuntan a la vida en oposición a los de muerte. Eros sería esa fuerza primordial que produce ligazones entre los seres humanos; en cambio, Tánatos, que en griego significa muerte, es aquella fuerza que destruye y empuja al aniquilamiento y que junto al Eros conforman esos dos valores antagónicos que se mezclan y crean todas las manifestaciones que se observan en el comportamiento del hombre. En el ser humano existen entonces tanto fuerzas creadoras como las que hacen de él un ser que se autodestruye y que destruye.

Eros y Tánatos conforman la denominada dualidad pulsional. La *pulsión* es el nombre que el psicoanálisis le da al *impulso sexual* , en tanto que éste no es instintivo. La sexualidad es casi siempre pensada al servicio de la vida, pero el psicoanálisis enseña que dicho impulso también lleva consigo un empuje hacia la destrucción y la muerte, lo que explicaría por qué se observa en el ser humano una disposición a hacerse daño a sí mismo y a otros, y muy especialmente en el campo del amor.

**2. El amor, y no solo el odio, es una forma del desencuentro** ; habrán experimentado los enamorados cuán difícil es sostener un vínculo sin dificultades o tensiones. Ello pone de manifiesto la omnipresencia que tiene el malentendido en la comunicación entre los sujetos. Es verdad que hay amores afortunados, pero lo corriente es encontrarse con el desamor en algún momento de la relación. El amor eterno no es tal, y con su irrealidad se encuentran las parejas ahora o después.

Mientras que el amor alimenta una pretendida ilusión de completud con el otro y hace pensar al amante que ha encontrado su "media naranja", la realidad es que ningún sujeto es el complemento de otro. Si fuera así, no existirían el divorcio ni las separaciones entre los amantes. Si el amor fuese eterno, la sociedad estaría conformada por parejas indisolubles; no se sabría de infidelidades ni de ningún otro tipo de obstáculos entre los amantes.

El amor tiene un comportamiento diferente al de una pretendida armonía. Es algo que, cuando irrumpe en la vida de un sujeto, acaba con su tranquilidad: le quita el sueño, lo distrae del trabajo, lo hace hacer y decir tonterías, etc.; es más una enfermedad que una solución a la soledad del ser humano. Además, siempre está asechando el desamor, el desencuentro, y entonces surge el odio.

El amor no se puede pensar sin el odio. El amante odiará al que ha dejado de amarlo o al que no le corresponde en su sentir. Se dice que el amor es el que hace girar al mundo, pero si se piensa un poco, se verá que el odio es un afecto que también mueve y estremece al planeta, y éste parece girar incluso con más vigor en torno al odio. Piénsese solamente en esa manifestación extrema que puede desencadenar el odio, la guerra; pero también hay todas esas manifestaciones del odio que hacen parte de la cotidianidad: envidia, celos, rivalidad, agresividad, asesinato, tortura, etc. Es indudable y habría que reconocer que en la naturaleza humana, si bien el amor distingue al hombre del reino animal, igualmente y en gran medida también lo hace el odio.

**3. El psicoanálisis enseña que el amor es fundamentalmente repetición** . Esta dimensión es esencial en el ser humano: él repite encuentros, repite en el amor la misma historia y se pregunta por qué se enamora siempre del mismo tipo de sujetos. También se repiten aquellos comportamientos que son indeseables.

Cuando se ama, no se hace más que repetir: en el momento que se encuentra a alguien para amar, se lo está reencontrando, así que toda persona por la que un sujeto muestra un interés amoroso es siempre el sustituto de alguna otra a la que se amó primero, en la infancia, es decir, la madre y/o el padre. Es a estos objetos que se dirigió el amor en un comienzo y fue con ellos con quien se aprendió a amar. Pero, ¿qué otro aporte hace el psicoanálisis sobre el amor, más allá de concebirlo como repetición?

Existe otra dimensión del amor que el psicoanálisis devela: el amor como *invención* ; es decir, como *elaboración de saber* . Pero inventar, crear algo nuevo, no es cosa de todos los días ni de todos los hombres. La ciencia y el arte son referencias para hallar lo que es la invención, la creación. Lo anterior no significa que un tratamiento psicoanalítico - que es un modo particular que tiene un ser humano para *elaborar un saber* sobre su propio *inconsciente* (el inconsciente es *un saber no sabido* por el sujeto) - produzca inventores o científicos, no.

Sin embargo, un sujeto, por pasar por un análisis, no va a terminar siendo un artista. Pero lo que sí va a suceder es que, si ella lleva el análisis de sus problemas o de su sufrimiento hasta cierto punto, podrá decirse que ha hecho una elaboración de su saber inconsciente y

por lo tanto habrá adoptado una nueva posición frente al amor.

Con el psicoanálisis hay nuevos amores posibles, a pesar de esa dimensión que hace del amor repetición. El análisis no pretende curar al sujeto del amor, sino transformar su posición frente a él como fuente de sufrimiento. Y dicha transformación da lugar a una invención. Si el psicoanálisis cura del amor, lo hace del amor como repetición.

**4. El amor, para el psicoanálisis, se divide en dos tendencias que podemos diferenciar como la corriente tierna del amor y la corriente sensual o pasional.** Freud pensaba que la reunión de estas dos corrientes en una sola, es lo que asegura una conducta amorosa «normal». La primera de estas corrientes tiende al cuidado y respeto del amado, y la segunda ayuda a hacerlo deseable, sexualmente hablando.

De las dos corrientes, la tierna es la más antigua y proviene de la infancia. Se dirige a los sujetos que integran la familia y a las que tienen a su cargo la crianza del niño. En esta corriente tierna se ponen en juego intereses eróticos. Todo esto tiene que ver con la elección que hace todo niño de un sujeto al que amará primeramente, el cual, en la mayoría de los casos, no es otro que la madre. La ternura de ésta, de los integrantes de la familia y de las personas a cargo del cuidado del niño, contribuye a acrecentar la corriente tierna del amor.

Cuando esta ternura es exacerbada, sucede que el niño se aferra a ella y a su madre que se la brinda, creándose una fijación que puede continuar a lo largo de la infancia y de la vida. Pero llega un momento, el de la pubertad, en el que se despierta la otra corriente del amor: la poderosa corriente sensual, la cual se añade a la tierna en la búsqueda y elección de un sujeto a quien amar.

Para que el adolescente pueda llegar a elegir una novia o compañera, él deberá dar un paso importante: ser capaz de dirigir su ternura y pasión a este nuevo sujeto con quien pueda cumplir una real vida sexual, sin quedar fijado en sus sentimientos de ternura a los padres. Es, en cierto sentido, un abandono de los primeros amores de la infancia. Este paso que tiene que dar el sujeto, de la fijación a la ternura de los padres, a la elección de un objeto de amor, puede ser algo muy difícil y llegar hasta fracasar; esto debido a dos factores: el primero tiene que ver con la dificultad que él pueda tener para encontrar a otro a quien amar, y el segundo, con el monto de apego que el sujeto llegue a tener a la ternura de los primeros objetos de amor de la infancia.

Así pues, se podría decir que la infancia ya nos deja una primera cicatriz a nivel del sentimiento amoroso, primero, porque se aprende a amar en un mal lugar: al lado de los padres; y segundo, porque se aprende a amar demasiado temprano: en la infancia. Esa cicatriz dejada por los primeros amores de infancia es lo que dificulta, posteriormente, la elección de objeto amorosa, en la medida en que se elegirá a alguien que sustituya a los primeros objetos de amor. Esto quiere decir que el primer amor, no es tal; el primer amor es siempre el segundo, y está marcado por la cicatriz dejada por los primeros amores de la infancia.

**5. En la pubertad muchos jóvenes empiezan a tener fantasías cuyo contenido se relaciona con el quehacer sexual de la madre. La que más se destaca es la fantasía donde ésta es infiel a su esposo. En el amante con quien la madre comete adulterio se suelen encontrar los propios rasgos del joven.**

Estas fantasías, junto con otras más, hacen parte de lo que se denomina la *novela familiar*, que es la versión que cada sujeto tiene de cómo se han resuelto las relaciones de amor y odio con los padres y hermanos. Ellas se despiertan a raíz de las primeras noticias que el niño recibe sobre las relaciones sexuales entre sus padres, obtenidas a través de sus compañeros de colegio y amigos; es con ellos con quien averigua los detalles. Estos informes suelen ser brutales, difamatorios y turbulentos; confunden al joven pero lo familiarizan con el secreto de la vida sexual. Aunque los padres hablen con naturalidad sobre la sexualidad, este tema resultará siempre traumático para el hijo, y también tendrá un efecto sobre la autoridad de los padres: la desmoronan, lo cual explica por qué hay jóvenes que reaccionan con rebeldía. Al joven le resulta inconciliable la imagen que tenía de sus padres con el hallazgo de su quehacer sexual.

El adolescente, entonces, llegará a representarse el acto sexual como algo odioso o asqueroso. En un primer momento él desmentirá la posibilidad de que sus padres hagan "esas cosas". Para él su madre es una mujer incapaz de practicar tales actos. La madre suele aparecer como alguien de pureza moral intachable, y nada resulta tan ofensivo como una duda sobre ese carácter de la madre. Se establece entonces una oposición entre la mamá y la mujer fácil. Pero el psicoanálisis ha descubierto que en el inconsciente coincide en una misma cosa lo que en la conciencia se presenta separado en dos opuestos.

Una vez aceptada la relación sexual en sus padres, se le despiertan al joven el infantil amor hacia su madre y el rencor hacia su padre, y con estas condiciones se generan en él las muy comunes fantasías de infidelidad de la madre.

**6. En el amor una mujer es valorada por su integridad, y cuando ésta es inmoral, se la desvaloriza. Sucede que hay hombres que se sienten atraídos y aman sólo a mujeres impúdicas, a mujeres "fáciles", y a ellas dedican el máximo interés psíquico.**

De quienes se comportan de esta manera se dice que han sido "enyerbados". Lo que verdaderamente pasa es que él le dedica a este tipo de mujeres, toda su pasión, aún a su pesar. El vínculo erótico de estos hombres tiene un carácter obsesivo, rasgo que además es propio de todo enamoramiento. Se trata también de hombres que en todos los casos

exaltan la fidelidad, a pesar de que cambian a sus amadas, una y otra vez, llegando a formar una larga serie.

Además, existe en estos galanes la tendencia a rescatar a la amada, es decir, que están convencidos de que sin ellos ella perdería todo apoyo. Justifican su actitud invocando la dudosa escrupulosidad sexual de la amada o su posición social amenazada; buscan insistentemente en mantenerla en la senda de la virtud. El psicoanálisis ha descubierto, precisamente, que la condición de la lujuria de la amada deriva de las primeras relaciones de objeto del sujeto, en la infancia.

El origen psíquico de esta elección de objeto brota de la fijación infantil a la ternura de la madre cuando ella es muy estimada por su hijo. En nuestra cultura el culto a la madre es muy característico de nuestras familias. La dependencia del hijo es también alimentada por la madre y la respuesta de éste es la de una adoración que lo lleva a parecer como "pegado a sus faldas". Esta fijación infantil es la que hace que la amada se convierta en única e insustituible. Lo que supuestamente es insustituible se revela mediante el reemplazo continuo de mujeres. Esto porque en cada nueva mujer se hecha de menos el amor, tan ansiado, que se encontró en la madre. Por esta razón esta clase de hombres eligen a su mujer según el modelo de la madre, pero esto es algo que hace parte de la condición humana: todos elegimos a otro según el prototipo de los primeros objetos a los que se amó; tal es la cicatriz que deja ese "primer" amor.

**7. Los sujetos no eligen a cualquiera para amar, eligen a alguien.** Esto es algo fundamental de la psicología del amor: en toda elección de objeto se ponen en juego unos requisitos que se denominan «condiciones de amor». Estas suelen ser muy variadas y en ocasiones son inexplicables o asombrosas, y operan cada vez que nos enamoramos o cuando alguien nos llama la atención. Muchas veces nos hemos preguntado qué fue lo que le vio esta persona a aquella otra, o qué es lo que hace que este sujeto se fije en determinada mujer. En la mayoría de los casos las condiciones de amor son inconscientes y remiten, nuevamente, a la infancia de cada sujeto, o sea, al momento en que se empezó a amar y se tenía un primer ser al que se amaba completamente: la madre. Las condiciones de amor son tomadas de este período de nuestra vida y de los sujetos a los que se dirigía nuestro amor.

Así pues, una de las condiciones de amor más llamativa es la que se denomina condición del "tercero perjudicado", y consiste en que hay hombres que se interesan en amar a una mujer siempre y cuando esta no esté libre o sola, sino cuando sostiene una relación con otro hombre, ya se trate de su marido, novio o amigo. En muchos casos, esta condición de amor demuestra ser tan rígida que una mujer pudo ser primero ignorada cuando no pertenecía a nadie y convertirse en motivo de enamoramiento al entrar en una relación con otro. Esta condición de amor sirve para la satisfacción de impulsos hostiles hacia los sujetos a quienes se arrebató la amada.

Una segunda condición de amor se denomina, como ya lo mencionamos, la del amor por "mujeres fáciles". Consiste en que el hombre no elige mujeres castas, sino solo aquellas cuya conducta sexual merece mala fama y de cuya fidelidad se pueda dudar. Este último rasgo varía desde la ligera sombra que recae sobre el nombre de una esposa inclinada al flirteo, hasta la pública poligamia de una mujerzuela. Esta segunda condición se relaciona con los celos, los cuales constituyen una necesidad para el amante de este tipo. Solo cuando sienten celos, se apasionan por su mujer y no pierden la ocasión para sentirlos.

**8. ¿Qué pasa en los casos en los que no confluyen en una sola las dos corrientes en las que se divide el amor: la corriente tierna y la pasional?** Pues bien, en el estudio de la impotencia masculina, aquella en la que los órganos genitales rehúsan el cumplimiento del acto sexual aunque se encuentren sanos y capaces de actuar, se ha encontrado que influyen una serie de pensamientos que escapan a la conciencia del sujeto. Son precisamente casos en los que no confluyen ambas corrientes del amor. La vida amorosa de estos sujetos queda dividida en las dos orientaciones que la literatura ha personificado como amor celestial y amor terreno. La dificultad de estos hombres es que cuando aman, no desean, y cuando desean, no pueden amar. Si un sujeto les despierta ternura, él no excitará su sensualidad, sino un cariño ineficaz en lo erótico.

Para protegerse de esta impotencia, el principal recurso del que se vale el hombre que se encuentra en esta situación, consiste, como ya lo vimos, en degradar a la persona deseada, a la par que incrementa su estimación amorosa hacia la persona amada con ternura. Respeta a su mujer y solo desarrolla su potencia sexual cuando está frente a una mujer degradada: su amante, una prostituta, una mujer de dudosa reputación, etc. Cumpliéndose la condición de la degradación, la pasión se exterioriza con libertad sin que el sujeto padezca de impotencia. Son hombres que necesitan rebajar a la persona deseada y sólo con ella se enlaza la posibilidad de la satisfacción sexual. Esto explicaría en gran medida el por qué los hombres - no todos, por supuesto - tienden a ser tan infieles; la infidelidad es sin duda, una de las principales cicatrices dejadas por el amor en las relaciones de pareja.

La impotencia psíquica se debe entonces al desencuentro de la corriente tierna y la sensual en la vida amorosa. Pero esta división es muy común y se presenta en la mayoría de los hombres civilizados, por lo que estaría justificada la posibilidad de que la impotencia psíquica sería una alteración frecuente y no la enfermedad de algunos sujetos solamente. La impotencia psíquica está mucho más difundida de lo que se cree y cierta medida de esa conducta caracteriza la vida amorosa del hombre en la sociedad moderna, así como el hecho de que tantos hombres tengan a otra mujer a parte de su esposa y a la que le destinan toda su pasión y deseo sexual.

**9. Ya que hablamos de la impotencia del varón, podríamos hacer una disgregación sobre el enigma de la *frigidez femenina*.** Existen ciertos casos en que la mujer, tras el primer encuentro sexual y tras cada uno de los siguientes, expresa sin disimulo una hostilidad hacia su compañero. Lo insulta, se enfada con él y puede llegar hasta a agredirlo, y esto a pesar de que lo ama.

El psicoanálisis ha deducido las intenciones *inconscientes* que colaboran para producir esta paradójica conducta. Sucede que para muchas mujeres el primer coito moviliza toda una serie de afectos que ella no logra explicar, debido a que en sus orígenes se hayan pensamientos que son inconscientes, que se relacionan con su propia historia y que representan la forma como ha conquistado una posición sexual en la vida.

Hartas veces la primera relación sexual no significa más que un desengaño, y la mujer permanece fría e insatisfecha. Es común que se requiera de tiempo y la frecuente repetición del acto sexual para que se produzca la satisfacción anhelada. De aquí resulta la frigidez, la cual en numerosas ocasiones ningún empeño del esposo consigue superar.

Hay que tener en cuenta también, al explicar la frigidez, el dolor que se infringe a la mujer virgen en la desfloración y la ofensa que pueda sentir en su amor propio por la destrucción del himen, el cual ha sido objeto de un particular valor cultural, y la consecuente desvalorización que obtiene la mujer una vez que ha sido desflorada.

Otra razón de desengaño a raíz del primer coito es que la expectativa que se tenía no coincide con el resultado y éste puede ser contrario a lo esperado. Hasta ese momento, en la mujer criada con firmes principios morales, la sexualidad estuvo asociada con la más fuerte prohibición. Por eso mismo, muchas mujeres no sienten satisfactorio el acto sexual legal y permitido, como el que se da en una pareja casada. El amor en una mujer puede perder su valor si para ella otros saben de él. Así pues, esto explicaría por qué muchas esposas solo reencuentran la emotividad y el gusto por las uniones sexuales en una relación prohibida que deba mantenerse secreta. Esto explicaría los motivos de la infidelidad femenina.

**10. El hombre moderno, el hombre civilizado, presenta universalmente a nivel del amor, un gran inconveniente, y es que el amor y las exigencias que le impone la cultura no son conciliables.** La cultura le exige al sujeto una serie de renunciaciones que afectan y aminoran el amor. Así pues, para decirlo escuetamente, el hombre se encuentra limitado en su pasión por el respeto que le demanda la cultura hacia la mujer. Este respeto, que por supuesto se hace necesario para garantizar la convivencia, coarta en gran medida su pulsión amorosa. El sujeto se contentará entonces con fantasear con la mujer en la que se ha fijado; no puede simplemente tomarla por la fuerza, que es lo que sucedería si su pasión no estuviese regulada por alguna ley que, como toda ley, es un requerimiento de la civilización. Toda cultura está edificada sobre la base de unas prohibiciones fundamentales: la del incesto, el parricidio y el canibalismo. Estas tres interdicciones están en el origen de toda civilización. Se necesita de ellas para regular los fuertes impulsos incestuosos, homicidas y antropófagos del ser humano.

Pero la cultura coarta también con sus prohibiciones los impulsos del amor. La exigencia de fidelidad y monogamia es un buen ejemplo de esto. El sofocamiento que la cultura impone a la vida amorosa conlleva a que los sujetos busquen estrategias para poder llegar a realizar los deseos que tiene todo amor. Las pulsiones de amor son difíciles de regular y lo que la cultura pretende hacer con ellas no parece asequible sin una seria aminoración de la pasión amorosa. De ningún modo es posible contentar todas las exigencias pasionales con los requerimientos de la cultura. Las insatisfacciones amorosas y sexuales que el hombre experimenta por ser un ser civilizado, sería el costo que se paga por vivir bajo la presión de la cultura. Pero atención, esa misma coartación de la pasión amorosa, que es constante, da la posibilidad de que el hombre se dedique a lograr metas valiosas para la misma civilización por medio de la sublimación de sus componentes pulsionales.

---

#### Referencias Bibliográficas

- Freud, S. *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*, de 1910. Obras Completas. Amorrortu.
- ----. *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*, de 1912. *Ibid.*
- ----. *Sobre el tabú de la virginidad*, de 1917. *Ibid.*